El porqué de la Vida

Solución racional al problema de la existencia

POR

Léon Denis

Traducción del original en francés por Jordi Canals

Lo que somos.
De donde venimos
A dónde vamos



http://www.portalespirita.net
info@portalespirita.net

ÍNDICE

A LOS QUE SUFREN

Es a ustedes, oh mis hermanos y hermanas en la humanidad, a todos ustedes que la carga de la vida doblegó, a quien las agrias luchas, las preocupaciones y las pruebas agobiaron, dedico estas páginas. Es en su intención, afligidos, desheredados de este mundo, que las escribí. Pionero humilde de la verdad y del progreso, puse en ellas el fruto de mis vigilias, mis reflexiones, mis esperanzas, todo lo que me consoló, lo que me sostuvo en mi marcha aquí abajo.

Puédanse encontrar aquí algunas enseñanzas útiles, un poco de luz para alumbrar su camino. ¡Pueda esta obra modesta ser para su espíritu entristecido como es la sombra al trabajador quemado por el sol, lo que es, en el desierto árido, la fuente límpida y fresca, exponiéndose a las miradas del viajero alterado!

I - DEBER Y LIBERTAD

¿Qué hombre, en las horas de silencio y de recogimiento, jamás interrogó la naturaleza y su propio corazón, pidiéndoles el secreto de las cosas, el por qué de la vida, la razón de ser del universo? ¿Dónde está el que jamás procuró conocer su destino, levantar el velo de la muerte, saber si Dios es una ficción o una realidad? No es propio del ser humano, aún siendo tan despreocupado, que nunca se hubiera planteado estos problemas temibles. La dificultad en resolverlos, la incoherencia y la multiplicidad de las teorías que originaron, las consecuencias deplorables que emanan de la inmensa mayoría de los sistemas desarrollados, todo este conjunto confuso, cansando el espíritu humano, le llevó a la indiferencia y al escepticismo.

Sin embargo, el hombre necesita saber; necesita el rayo que alumbra, la esperanza que consuela, la certeza que guía y que sostiene. Y tiene también el medio de conocer, de ver la verdad, de librarse de tinieblas e inundarlo de su benéfica luz. Para eso, él mismo debe desprenderse de sistemas preconcebidos, descender, escuchar esa voz interior que habla a todos nosotros y que los sofismas no pueden engañar: la voz de la razón, la voz de la conciencia.

Así hice yo. Mucho tiempo reflexioné; medité sobre los problemas de la vida y de la muerte; con perseverancia sondeé estos abismos profundos. Dirigí a la eterna sabiduría un llamamiento ardiente, y me respondió, como responde a todo.

Espíritu animado del amor al bien. Pruebas evidentes, hechos de observación directa vinieron para confirmar las deducciones de mi pensamiento, para ofrecer a mis convicciones una base sólida e inquebrantable. Después de haber dudado, creí; después de haber negado, vi. Y la paz, la confianza y la fuerza moral crecieron en mí. Son los bienes que, en la sinceridad de mi corazón, deseoso de ser útil para mis semejantes, vengo para ofrecer a los que sufren y los que desesperan.

Jamás la necesidad de luz se hizo sentir de forma más imperiosa. Una transformación inmensa se produce en el seno de las sociedades. Después de haber estado sometido durante largos siglos a los principios de autoridad, el hombre mismo aspira, cada vez más, a sacudir toda traba, a gobernarse. Al mismo tiempo que las instituciones políticas y sociales se modificaban, las creencias religiosas y la fe a los dogmas se debilitaron. Es todavía una de las consecuencias de la libertad en su aplicación a las cosas del pensamiento y de la conciencia. La libertad, en todos los dominios, tiende a sustituir a la coacción y a la autoridad, a guiar a las naciones hacia un horizonte nuevo. El derecho de algunos se convirtió en el derecho de todos; pero, para que este soberano derecho esté conforme con la justicia y lleve sus frutos es necesario que el conocimiento de las leyes morales venga a regular su ejercicio. Para que la libertad sea fecunda, para que ofrezca a las obras humanas una base segura y duradera, debe ser completada por la luz, la sabiduría, la verdad. La libertad, para hombres ignorantes y viciosos, ¿no es como un arma poderosa en las manos de un niño? El arma, en este caso, a menudo se vuelve contra quien la lleva y le hiere.

II - LOS PROBLEMAS DE LA EXISTENCIA

Lo que le es importante al hombre saber por encima de todo, que es, de donde viene, donde va, cual es su destino. Las ideas que nos hacemos del Universo y de sus leyes, del papel que cada uno de nosotros debe jugar sobre este teatro vasto, son de una importancia capital. Es según ellas que dirigimos nuestros actos. Es consultándolas que fijamos un fin en nuestra vida y marchamos hacia ese fin. Allí está la base, el verdadero móvil de toda civilización. Tanto vale el ideal, tanto vale al hombre. Tanto para las colectividades, como para el individuo, es la concepción del mundo y de la vida que determina los deberes; fija la vía que hay que seguir; las resoluciones que hay que adoptar.

Pero, así como lo dijimos, la dificultad en resolver estos problemas nos los hace rechazar demasiado a menudo. La opinión de la mayoría es inestable, indecisa; los actos, los caracteres se resienten de eso. Ahí está el mal de la época, la causa de la confusión en la cual está presa. Tenemos el instinto del progreso; queremos marchar, pero, ¿para ir a dónde? Es con lo qué no se sueña bastante. El hombre, ignorante de su destino, es como un viajero que recorre automáticamente un camino, sin conocer ni el punto de partida ni el punto de destino, y no sabe por qué viaja; que, como consecuencia, siempre está dispuesto a fijarse en el menor obstáculo, y pierde su tiempo descuidando el fin que hay que alcanzar.

La insuficiencia, la oscuridad de las doctrinas religiosas y los abusos que engendraron llevaron a buen número de espíritus al materialismo. Creemos de buena gana que todo acaba con la muerte, que el hombre no tiene otro destino que desvanecerse en la nada.

Demostraremos más adelante cuánto esta manera de ver está en oposición flagrante con la experiencia y la razón. Digamos desde ahora que destruye toda noción de justicia y de progreso.

Si la vida está circunscrita entre la cuna y la tumba, si las perspectivas de la inmortalidad no vienen para alumbrar nuestra existencia, el hombre no tiene ya otra ley que la de sus instintos, la de sus apetitos, la de sus goces. Poca importancia tiene que le gusten el bien y la equidad. Si sólo aparece y sólo desaparece de este mundo, si se lleva con él, en el olvido, sus esperanzas y sus afectos, sufrirá tanto más cuanto más elevadas sean sus aspiraciones; amando la justicia, el soldado del derecho, se considera condenado por no ver casi nunca su consecución; apasionado por el progreso, sensible a los dolores de sus semejantes, se imagina que se apagará antes de haber visto triunfar sus principios.

Con la perspectiva de la nada, cuanto más habrá practicado la devoción y la justicia, más caerá su vida fértil en amarguras y en decepciones. El egoísmo bien comprendido sería la sabiduría suprema; la existencia perdería toda grandeza, toda dignidad. Las facultades más nobles, las tendencias más generosas del espíritu humano acabarían por marchitarse, por apagarse totalmente.

La negación de la vida futura suprime también toda sanción moral. Con ella, que sean buenos o malos, criminales o sublimes, todos los actos acaban con el mismo resultado. No hay compensaciones a las existencias miserables, a la oscuridad, a la opresión, al dolor; no hay más consuelo en la prueba, más esperanza para los afligidos. Ninguna diferencia espera, en el futuro, al egoísta que sólo vivió y a menudo a costa de sus semejantes, y el mártir o el apóstol que habrá sufrido, habrá sucumbido combatiendo por la emancipación y el progreso de la raza humana. La misma sombra servirá para ellos de mortaja.

Si todo acaba con la muerte, el ser no tiene ninguna razón para esforzarse, para contener sus instintos, sus gustos. Aparte de las leyes terrestres, nada puede retenerlo. El bien y el mal, el justo y el injusto también se confunden y se unen en la nada. Y el suicidio será siempre un medio de escapar de los rigores de las leyes humanas.

La creencia en la nada, al mismo tiempo que arruina toda sanción moral, deja irresoluto el problema de la desigualdad de las existencias, en lo que toca a la diversidad de facultades, de aptitudes, de situaciones, de méritos. En efecto, ¿por qué a unos todos los dones del espíritu y del corazón, los favores de la fortuna,

mientras que tantos otros, tienen en reparto sólo pobreza intelectual, vicios y miseria? ¿Por qué, en la misma familia, los padres y los hermanos, nacidos de la misma carne y de la misma sangre, difieren en tantos puntos? Muchas cuestiones insolubles para los materialistas, así como para muchos creyentes. Estas cuestiones, vamos a examinarlas brevemente a la luz de la razón.

III - ESPÍRITU Y MATERIA

No hay efecto sin causa; nada procede de nada. Estos son los axiomas, es decir las verdades indiscutibles. Entonces, como se comprueba en cada uno de nosotros la existencia de fuerzas, de potencias que no pueden estar consideradas como materiales, es necesario, para explicar la causa, remontarnos a otra fuente distinta a la materia, a este principio que nombramos alma o espíritu.

Cuando, descendiendo en el fondo de nosotros mismos queremos aprender a conocernos, a analizar nuestras facultades; cuando, apartando de nuestra alma la espuma que acumula allí la vida, el envoltorio espeso cuyos perjuicios, errores y sofismas revistieron nuestra inteligencia, penetramos en los dobleces más íntimos de nuestro ser, nos encontramos allí cara a cara con estos principios augustos sin los cuales no habría grandeza para la humanidad: el amor al bien, el sentimiento de la justicia y del progreso. Estos principios, que se encuentran en grados diversos, tanto en casa del ignorante como en casa del hombre sabio, no pueden provenir de la materia, que está privada de tales atributos. Y si la materia no posee estas cualidades, ¿cómo podría formar, ella sola, seres dotados de ellas? El sentido de lo bello y de la verdad, la admiración que experimentamos hacia las obras grandes y generosas, no podrían tener el mismo origen que la carne de nuestros miembros o la sangre de nuestras venas. Estos son más bien como los reflejos de una luz alta y pura que brilla en cada uno de nosotros, lo mismo que el sol se refleja sobre las aguas, sean estas aguas fangosas o límpidas.

En vano pretenderíamos que todo es materia. Nosotros que sentimos realces poderosos de amor y de bondad, que amamos la virtud, la devoción, el heroísmo; el sentimiento de la belleza moral está grabado en nosotros; la armonía de las cosas y de las leyes nos penetra, nos arrebata; ¡y nada de todo eso nos distinguiría de la materia! Sentimos, amamos, poseemos la conciencia, la voluntad y la razón; ¡y procederíamos de una causa qué no encierra estas calidades en ningún grado, de una causa que no siente, no ama ni sabe nada, que es ciega y muda! ¡Superiores a la fuerza qué nos produce, estaríamos más perfeccionados y seríamos mejores que ella!

Tal forma de ver las cosas no se sostiene. El hombre participa de dos naturalezas. Por su cuerpo, por sus órganos, deriva de la materia; por sus facultades intelectuales y morales, es espíritu.

Digamos más exactamente todavía, respecto al cuerpo humano, que los órganos que componen esta admirable máquina son semejantes a ruedas incapaces de actuar sin un motor, sin una voluntad que los ponga en movimiento. Este motor, es el alma. El tercer elemento conecta a la vez a los otros dos, transmitiendo a los órganos las órdenes del pensamiento. Este elemento es el periespíritu, la materia etérea que escapa a nuestros sentidos. Envuelve al alma, la acompaña después de la muerte en sus peregrinaciones infinitas, depurándose, progresando con ella, dotándola de un cuerpo diáfano y vaporoso. Iremos más lejos sobre la existencia de este periespíritu, llamado también doble fluídico[1]. El espíritu yace en la materia como un preso en su celda; los

[1] Desde hace algunos años, cierta escuela se esfuerza por sustituir al dualismo de la materia y del espíritu por la teoría de la unidad de sustancia. Para ella la materia y el espíritu son estados diversos de la única y misma sustancia que, en su evolución eterna, se afina, se depura, se vuelve inteligente y consciente. Sin abordar aquí la cuestión de fondo que necesitaría desarrollos largos, hay que reconocer que la idea que se hizo hasta aquí de la materia era errónea. Gracias a los descubrimientos de Crookes, Becquerel, Curie, Lebon, la materia nos aparece hoy bajo estados muy sutiles y, en estos estados, reviste propiedades infinitamente variadas. Su flexibilidad es extrema. A un cierto grado de rarefacción, se troca en fuerza. G. Lebon pudo decir, con aparente razón, que la materia es sólo la fuerza condensada y la fuerza, la materia separada. En cuanto a deducir de estos hechos que la fuerza toma inteligencia en un momento dado de su evolución y se vuelve consciente, es solamente una hipótesis. Para nosotros, hay, entre el ser y el no ser, una diferencia de esencia. Por otra parte, el momismo de Haeckelien, negando al espíritu humano una vida independiente del cuerpo y rechazando toda noción de la supervivencia, acaba lógicamente en las mismas consecuencias que el materialismo positivista e incurre en las mismas críticas.

sentidos son las aberturas a través de las cuales comunica con el mundo exterior. Pero, mientras que la materia decae tarde o temprano y se descompone, el espíritu crece en fuerza, se fortifica por la educación y la experiencia. Sus aspiraciones aumentan, se extienden allende la tumba; su necesidad de saber, de conocer, de vivir no tiene límite. Todo muestra que el ser humano pertenece sólo temporalmente a la materia. El cuerpo es sólo un traje prestado, una forma pasajera, un instrumento con la ayuda del cual el alma persigue en este mundo su obra de depuración y de progreso. La vida espiritual es la vida normal, verdadera e infinita.

IV - ARMONÍA DEL UNIVERSO

Siendo dada en nosotros la existencia de un principio inteligente y razonable, el encadenamiento de las causas y de los efectos nos hace remontar, para explicar su origen, hasta la fuente de donde emana. A esta fuente, en nuestro limitado e insuficientes lenguaje, los hombres le llamamos Dios.

Dios, diremos, ha sido presentado bajo aspectos tan extraños, a veces tan escandalosos por los hombres de secta, que el espíritu moderno se apartó de Él. ¡Pero qué importan estas divagaciones de los sectarios! Pretender que Dios puede ser aminorado por las declaraciones de los hombres equivale a decir que el Montblanc y el Himalaya pueden ser manchados por el soplo de una mosca. La verdad plana radiante y deslumbrante, está por encima de las oscuridades teológicas.

Dios es el centro de donde emanan y donde desembocan todas las fuerzas del Universo. Es el hogar de donde irradia toda idea de justicia, de solidaridad y de amor; el fin común hacia el cual todos los seres se encaminan, a sabiendas o inconscientemente. Es de nuestras relaciones con el gran Arquitecto de los mundos de donde emanan la armonía universal, la comunidad, la fraternidad. Para ser hermanos, en efecto, hay que tener un padre común, y este padre sólo puede ser Dios.

Para divisarlo, es verdad, el pensamiento debe librarse de preceptos estrechos, prácticas vulgares, rechazar formas pueriles con las que ciertas religiones envolvieron el ideal supremo. Se debe estudiar a Dios en la majestad de sus obras.

Cuando todo reposa en nuestras ciudades, cuando la noche es transparente y cuando se hace el silencio sobre la tierra adormecida; ¡entonces, oh hombre! Mi hermano, eleva tu mirada y contempla el infinito de los cielos.

Procurarás en vano contarlos; se multiplican hasta en las regiones más infinitas; se confunden en la lejanía, como un polvo luminoso. Observa también sobre los mundos vecinos de la Tierra dibujarse los valles y las montañas, ahuecarse los mares, moverse las nubes. Reconoce que las manifestaciones de la vida se producen por todas partes, y que un orden admirable une, bajo leyes uniformes y por destinos comunes, la Tierra y sus hermanos, los planetas que yerran en el infinito. Sepas que todos esos mundo, habitados por otras sociedades humanas, se agitan, se alejan, se acercan puestos en movimiento a velocidades diversas, recorriendo espacios inmensos; qué por todas partes el movimiento, la actividad, la vida, se muestran en un espectáculo grandioso. Observa nuestro mismo globo, esta Tierra, nuestra madre, la cual parece decirnos: vuestra carne es la mía, vosotros sois mis hijos. Observa allí, esta gran nodriza de la humanidad; mira la armonía de sus contornos, sus continentes, en el seno de los cuales las naciones tienen su germen y su grandeza, sus vastos océanos siempre móviles; son la renovación de las estaciones que la reviste por turno de verdes adornos o de rubias cosechas; contempla los vegetales, los seres vivos que la pueblan: aves, insectos, plantas y flores; cada una de estas cosas es una cincelada maravillosa, una joya del estuche divino. Sé circunspecto tú mismo; ve el juego admirable de tus órganos, el mecanismo maravilloso y complicado de tus sentidos. Qué genio humano podría imitar estas obras maestras delicadas: ¿el ojo y la oreja?

Observa la marcha rítmica de los astros, evolucionando en las profundidades. Estos fuegos innumerables son mundos al lado de los cuales la Tierra es sólo un átomo, sol prodigioso que rodea comitivas de esferas y

cuyo curso rápido se mide a cada minuto por millones de años de luz. Distancias terribles nos separan de eso. Es por ello que nos parecen puntos simples y luminosos. Pero, dirige hacia ellos el ojo colosal de la ciencia, el radiotelescopio, distinguirás sus superficies semejantes a océanos en llama.

Considera todas estas cosas y pide a tu razón, a tu juicio, si tanta belleza, esplendor, armonía, pueden resultar del azar, o si no es más bien una causa inteligente que dirige el orden del mundo y la evolución de la vida. Y si me objetas las plagas, las catástrofes, todo lo que viene para turbar este orden admirable, te responderé: escudriña los problemas de la naturaleza, no te detengas en la superficie, desciende al fondo de las cosas y descubrirás con asombro que contradicciones aparentes sólo confirman la armonía general, que son útiles para el progreso de los seres, que es el fin único de la existencia.

¿Si Dios hizo el mundo, replican triunfalmente ciertos materialistas, quien hizo pues a Dios? Esta objeción no tiene sentido. Dios no es un ser que se añada a la serie de los seres. Es el Ser universal e ilimitado en el tiempo y en el espacio, por consiguiente infinito, eterno. No puede haber allí ningún ser encima ni al lado de Él. Dios es la fuente y el principio de toda vida. Es por Él que se enlazan, se unen, se armonizan todas las fuerzas individuales, sin Él aisladas y divergentes.

Abandonadas a ellas mismas, no siendo regidas por una ley, una voluntad superior, estas fuerzas habrían producido sólo confusión y caos. La existencia de un plano general, de un fin común, en los cuales participan todas las potencias del universo prueba la existencia de una causa, de una inteligencia suprema, que es Dios.

V - LAS VIDAS SUCESIVAS

Lo dijimos ya: con el fin de alumbrar su futuro, el hombre debe ante todo aprender a conocerse. Para marchar con paso seguro, hay que saber dónde se va. Es haciendo sus actos conformes a las leyes superiores que el hombre trabajará eficazmente en su mejoramiento, en el del medio social. Lo importante es discernir estas leyes, determinar los deberes que nos imponen, prever las consecuencias de nuestras acciones. El día en que sea conocido por la grandeza de su papel, el ser humano sabrá desprenderse mejor de lo que le aminora y le rebaja; sabrá gobernarse según la sabiduría, preparar por sus esfuerzos la unión fecunda de los hombres en una gran familia de hermanos.

Pero todavía estamos lejos de este estado de cosas. Aunque la humanidad avanza en la vía del progreso, podemos decir sin embargo que la inmensa mayoría de sus miembros marcha a través de la vida como en medio de una noche oscura, ignorándose, no sabiendo nada del fin real de la existencia.

Las tinieblas espesas ponen un velo a la razón humana. Los rayos de la verdad le llegan sólo pálidos, débiles, impotentes para alumbrar los caminos sinuosos que siguen las legiones innumerables en marcha, impotentes hacen resplandecer a sus ojos el fin ideal y lejano.

Ignorando su destino, flotando sin cesar del perjuicio al error, el hombre maldice a veces la vida. Cediendo bajo su carga, responsabiliza a sus semejantes de la causa de las pruebas que aguanta y que engendra demasiado a menudo su imprevisión. Rebelado contra Dios, al que acusa de injusticia, incluso llega algunas veces, en su locura y su desesperación, a dejar el combate saludable, la lucha que sólo puede fortificar su alma, alumbrar su juicio, prepararlo para trabajos de un orden más elevado.

¿Por qué es así? ¿Por qué desciende débil y desarmado a la gran arena donde se libra, sin tregua, sin pausa, la eterna y gigantesca batalla? El caso es que este globo, la Tierra, es sólo uno en el grado inferior en la escala de los mundos. Residen aquí sólo espíritus jóvenes, es decir almas nacidas hace poco a la razón. La materia reina soberana en nuestro mundo. Nos doblega a su yugo, limita nuestras facultades, frena nuestros avances hacia el bien, nuestras aspiraciones hacia el ideal.

También, para discernir el por qué de la vida, para divisar la ley suprema que rige las almas y los mundos, hay que saber librarse de estas influencias pesadas, librarse de preocupaciones de orden material, de todas estas cosas pasajeras y cambiantes que atestan nuestro espíritu, oscureciendo nuestro juicio. Es elevándonos con el pensamiento por encima del horizonte de la vida, haciendo caso omiso del tiempo y del lugar, aislándolo en cierto modo por encima de los detalles de la existencia, que percibiremos la verdad, Por un esfuerzo de voluntad, abandonamos un instante la Tierra, subimos estas alturas imponentes. Desde su cumbre se desplegará para nosotros el panorama inmenso de las edades sin número y de los espacios ilimitados. Lo mismo que el soldado, perdido en la pelea, ve sólo confusión alrededor de él, mientras que el general, cuya mirada cubre todas las peripecias de la batalla, las calcula y prevé los resultados; Lo mismo que el viajero, extraviado en las dobleces del terreno puede, subiendo la montaña, verlos derretirse un plano grandioso; así el alma humana, de estas cimas donde planea, lejos de los ruidos de la tierra, lejos de las hondonadas oscuras, descubre la armonía universal. Lo que desde abajo le parecía contradictorio, inexplicable e injusto, visto de arriba, se enlaza, se alumbra; las sinuosidades del camino se enderezan; todo se une, se encadena; en el espíritu deslumbrado aparece el orden majestuoso que ajusta el curso de las existencias y la marcha de los universos.

Desde estas alturas iluminadas, la vida no es ya a nuestros ojos, como es a los ojos de la muchedumbre, la persecución vana de satisfacciones efímeras, sino un medio de perfeccionamiento intelectual, de elevación moral; una escuela donde aprender la dulzura, la paciencia, el deber. Y esta vida, para ser eficaz, no puede estar aislada. Fuera de sus límites, antes del nacimiento y después de la muerte, vemos, en una especie de penumbra, desarrollarse multitud de existencias a través de las cuales, como premio del trabajo y del sufrimiento, conquistamos pieza por pieza, pedazo por pedazo, el poco saber y cualidades que poseemos; por ellas también conquistaremos lo nos falta: una razón perfecta, una ciencia sin huecos, un amor infinito para todo lo que vive.

La inmortalidad, semejante a una cadena sin fin, se celebra para cada uno de nosotros en la inmensidad de los tiempos. Cada existencia es un eslabón que se conecta hacia atrás y adelante con un eslabón distinto, con una vida diferente, pero solidaria con los demás. El obsequio es la consecuencia del pasado y la preparación del futuro. De grado en grado, el ser se eleva y crece. Artesano de sus propios destinos, el alma humana, libre y responsable, escoge su camino; y, si este camino es malo, las caídas que hará en él, las piedras y las espinas que la desgarrarán, tendrán por resultado desarrollar su experiencia y alumbrar su razón naciente.

VI - JUSTICIA Y PROGRESO

La ley superior del Universo, es el progreso incesante, la ascensión de los seres hacia Dios, hogar de las perfecciones. Profundidades del abismo de vida, por un camino infinito y una evolución constante, nos le acercamos. En el fondo de cada alma es depositado el germen de todas las facultades, de todas las fuerzas; le corresponde a ella hacerlos nacer por sus esfuerzos y sus trabajos. Contemplado bajo este aspecto, nuestro adelanto, nuestra felicidad futura, es nuestra obra. La gracia no tiene más razón de ser. La justicia irradia sobre el mundo; porque, si todos nosotros luchamos y sufrimos, todos nosotros seremos salvados.

También se revela aquí en toda su grandeza el papel del dolor, su utilidad para el adelanto de los seres. Cada globo que rueda en el espacio es un vasto taller donde la sustancia espiritual es trabajada sin cesar. Así como un mineral grosero, bajo el efecto del fuego y las aguas, se convierte poco a poco en un metal puro, así el alma humana, bajo los martillos pesados del dolor se transforma y se fortifica. Es en medio de las pruebas que se forjan los grandes caracteres. El dolor es la purificación suprema, el horno donde funden todos los elementos impuros que nos manchan: el orgullo, el egoísmo, la indiferencia. Es la sola escuela donde se afinan las sensaciones, donde se aprenden la piedad y la resignación estoica. Los goces sensuales, atándonos a la materia, retrasan nuestra elevación, mientras que el sacrificio y la abnegación, nos sueltan con anticipación de

esta pesada carga, nos preparan para nuevas etapas, a una ascensión más alta. El alma, purificada, santificada por las pruebas, ve terminar las encarnaciones dolorosas. Abandona para siempre los globos materiales y se eleva en la escala magnífica de mundos felices. Recorre el campo ilimitado de los espacios y de las edades. A cada paso adelante, ve ensanchar su horizonte y aumentar su radio de acción; percibe cada vez más, de forma distinta, la gran armonía de las leyes y de las cosas, participa en ellas de forma más estrecha, más efectiva. Entonces el tiempo se borra para ella; los siglos fluyen como las horas. Unida a sus hermanas, compañeras de eterno viaje, persigue su ascensión intelectual y moral en el seno de una luz siempre creciente.

De nuestras observaciones y de nuestras búsquedas se deduce así una gran ley: la pluralidad de las existencias del alma. Vivimos antes del nacimiento y reviviremos después de la muerte. Esta ley da la clave de problemas hasta ahora irresolubles. Sólo ella explica la desigualdad de las condiciones, la variedad infinita de las aptitudes y de los caracteres. Conocimos o conoceremos sucesivamente todas las fases de la vida social, atravesaremos todos los medios. En el pasado, estábamos como estos salvajes que pueblan los continentes retrasados; en el futuro, podremos elevarnos a la altura de los genios inmortales, los espíritus gigantes que, semejantes a faros luminosos, alumbran la marcha de la humanidad. La historia de ésta es nuestra historia. Con ella, recorrimos las vías arduas, sufrimos las evoluciones seculares que relatan los anales de las naciones. El tiempo y el trabajo: he aquí los elementos de nuestros progresos.

Esta ley de la reencarnación muestra de manera brillante la justicia suma que reina sobre todos los seres. Por turno forjamos y quebramos nosotros mismos nuestras cadenas. Las pruebas horrorosas entre las que sufren algunos de nosotros son, en general, la consecuencia de su conducta pasada. El déspota renace esclavo; la mujer alta, la vanidosa de su belleza, repetirá un cuerpo informe y miserable; el ocioso volverá mercenario, encorvado a una tarea ingrata. El que hizo sufrir sufrirá a su vuelta. Inútil buscar el infierno en regiones desconocidas o lejanas, el infierno está en nosotros, se esconde en los pliegues ignorados del alma culpable, y sólo la expiación puede dar término a sus dolores. No hay penas eternas. ¿Pero, diremos, si otras vidas precedieron al nacimiento, por qué perdimos la memoria? ¿Cómo podremos expiar con éxito las faltas olvidadas?

¡La memoria! ¿No sería un pesado grillete atado a nuestros pies? Saliendo apenas de etapas de furor y de bestialidad, ¿que debió ser este pasado de cada uno de nosotros? ¡A través de las etapas pasadas, cuantas lágrimas vertidas, cuanta sangre derramada por nuestros hechos! Conocimos el odio y practicamos la injusticia. ¡Qué carga moral sería esta perspectiva larga de faltas para un espíritu todavía endeble e inseguro!

¿Y además, la memoria de nuestro propio pasado no estaría vinculada íntimamente a la memoria del pasado de los demás? ¡Qué situación para el culpable, señalado al hierro candente para la eternidad! Por la misma razón, los odios, los errores se perpetuarían, cavando divisiones profundas e imborrables, en el seno de esta humanidad ya tan desgarrada. Dios hizo bien de borrar de nuestros cerebros débiles la memoria de un pasado temible. Después de haber bebido el brebaje del olvido, renacemos a una nueva vida. Una educación diferente, una civilización más amplia hacen desvanecerse las quimeras que frecuentaron en otro tiempo nuestros espíritus. Aliviados de tan pesado equipaje avanzamos con paso más rápido por las vías que nos son abiertas.

Sin embargo, este pasado no es borrado tanto que no pudiéramos entrever algunos vestigios. Si, separándonos de influencias exteriores, descendemos al fondo de nuestro ser; si analizamos con cuidado nuestros gustos, nuestras aspiraciones, descubrimos cosas que nada, en nuestra existencia actual y con la educación recibida, puede explicar. Por lo tanto, de ahí logramos reconstituir este pasado, si no en sus detalles, por lo menos en sus grandes líneas. En cuanto a las faltas arrastran en esta vida una expiación necesaria, aunque momentáneamente sean borradas de nuestra vista, la causa primera no deja de subsistir, siempre visible, es decir nuestras pasiones, nuestro carácter fogoso, que las nuevas encarnaciones tienen por objeto amaestrar, suavizar.

Así pues, si dejamos en las puertas de la vida los recuerdos más peligrosos, traemos por lo menos con nosotros el fruto y las consecuencias de trabajos realizados, es decir una conciencia, un juicio, un carácter tales como les dimos forma nosotros mismos. Lo innato no es más que la herencia intelectual y moral que nos legan las vidas desvanecidas.

Y cada vez que se abren para nosotros las puertas de la muerte; cuando, liberada del yugo material, nuestra alma escapa de su prisión de carne para volver al mundo de los Espíritus, entonces el pasado reaparece poco a poco delante de ella. Una tras otra, sobre la ruta seguida, revisa sus existencias, las caídas, las paradas, las marchas rápidas. Ella misma se juzga midiendo el camino recorrido. En el espectáculo de sus vergüenzas o de sus méritos, mostrados ante ella, encuentra su castigo o su recompensa.

¿Siendo el fin de la vida el perfeccionamiento intelectual y moral del ser, qué condición, qué medio es el más conveniente para conseguir este fin? El hombre puede trabajar en este perfeccionamiento en todas las condiciones, en todos medios sociales; sin embargo, tendrá éxito más fácilmente en determinadas condiciones.

La riqueza proporciona al hombre medios poderosos de estudio; le permite dar a su espíritu una cultura más desarrollada y más perfecta; pone entre sus manos las facilidades más grandes para aliviar a sus hermanos desgraciados, de participar, con vistas al mejoramiento de su suerte en fundaciones útiles. Pero son raros los que consideran un deber trabajar en el alivio de la miseria, en la instrucción y en la mejora de sus semejantes.

La riqueza deseca demasiado a menudo el corazón humano; extingue esta llama interior, este amor al progreso y a las mejoras sociales que alberga toda alma generosa; eleva una barrera entre los poderosos y los humildes; hace vivir en un medio que no alcanzan los desheredados de este mundo y donde, por consiguiente, las necesidades, los dolores de éstos son casi ignorados, desconocidos siempre.

La miseria tiene también sus peligros espantosos: la degradación de los caracteres, la desesperación, el suicidio. Pero mientras que la riqueza nos hace indiferentes, egoístas, la pobreza, acercándonos a humildes, nos hace compadecernos con su dolor. Sí, hay que haber sufrido para apreciar los sufrimientos de otro. Mientras que los poderosos, en el seno de los honores, se envidien entre ellos y procuren rivalizar en brillantez, los humildes, vecinos por la necesidad, viven a veces en conmovedora confraternidad.

Mira a las aves de nuestros climas durante los meses de invierno, cuando el cielo es sombrío, cuando la tierra está cubierta de un abrigo blanco de nieve; apretadas unas contra otras, al borde de un tejado, se calientan mutuamente en silencio. La necesidad les une. Pero vienen los bellos días, el sol resplandeciente, la comida abundante, pían a cual mejor, se persiguen, se pelean, se hieren. Así es el hombre. Dulce, afectuoso para sus semejantes en los días de tristeza; la posesión de los bienes materiales lo hace demasiado a menudo duro y olvidadizo.

Una condición modesta convendrá mejor al espíritu deseoso de progresar, de adquirir las virtudes necesarias para su ascensión moral. Lejos del remolino de los placeres mentirosos, juzgará mejor la vida. Preguntará a la materia qué es necesario para la conservación de sus órganos, pero evitará caer en costumbres perniciosas, hacerse presa de las necesidades innumerables y ficticias que son las plagas de la humanidad. Será sobrio y laborioso, contentándose con poco, atándose por encima de todo a los placeres de la inteligencia y a las alegrías del corazón.

Tan fortificado contra los asaltos de la materia, el sabio, bajo la luz pura de la razón, verá resplandecer su destino. Alumbrado sobre el fin de la vida y el por qué de las cosas, se mantendrá firme, resignado ante el dolor; sabrá usarla para su depuración, para su adelanto. Se enfrentará a la prueba con coraje, sabiendo que la prueba es saludable, que es el choque que desgarra nuestras almas, y que, por este rasgón solo, puede derramarse la hiel que está en nosotros. Si los hombres se ríen de él, si es víctima de la injusticia y de la intriga, aprenderá a soportar pacientemente sus dolores trasladando sus miradas hacia nuestros hermanos mayores,

hacia Sócrates bebiendo la cicuta[2], hacia Jesús en la cruz, hacia Juana de Arco en la hoguera. Se consolará en el pensamiento que los más grandes, más virtuosos, los más dignos, sufrieron y murieron para la humanidad.

Y cuando por fin, después de una existencia bien cumplida, vendrá la hora solemne, será con calma y sin pesar que acogerá a la muerte; la muerte, a la que los humanos rodean de un aparato siniestro; la muerte, el espanto de los poderosos y de los sensuales, y que, para el pensador austero, es sólo la liberación, la hora de la transformación, la puerta que se abre al imperio luminoso de los Espíritus.

Este umbral de las regiones supraterrenales, lo atravesará con serenidad. Su conciencia, libre de las sombras materiales, se levantará delante de él como un juez, representante de Dios, pidiéndole: "¿que hiciste de tu vida? Y responderá: luché, sufrí, amé, enseñé el bien, la verdad, la justicia; les di a mis hermanos el ejemplo de la rectitud, de la dulzura; alivié a los que sufren, consolé a los que lloran. Y ahora, que El Eterno me juzga, ¡heme aquí en sus manos!"

VII - EL FIN SUPREMO

Hombre, mi hermano, ten fe en tu destino, porque es grande. Naciste con facultades incultas, aspiraciones infinitas, y la eternidad se te consagra para desarrollar las unas y satisfacer las otras. Crecer de vida en vida, alumbrarte por el estudio, purificarte por el dolor, adquirir una ciencia siempre más vasta, cualidades siempre más nobles; he aquí lo que está reservado para ti. Dios hizo más todavía por ti, te dio los medios de colaborar en su obra; de participar en la ley del progreso ilimitado, abriendo nuevas vías a tus semejantes, elevando a tus hermanos, atrayéndoles a ti, iniciándoles a los esplendores de la verdad y de la belleza, a las sublimes armonías del universo. ¿No es eso crear, transformar almas y mundos? ¿Y este trabajo inmenso y fértil en goces, no es preferible a un descanso triste y estéril? ¡Colaborar con Dios! ¡Hacer en todo y por todas partes el bien, la justicia! ¿Qué hay más grande, más digno para tu espíritu inmortal?

Eleva pues tu mirada y abraza las perspectivas vastas de tu futuro. Saca de este espectáculo la energía necesaria para afrontar los vientos y las tormentas del mundo. Marcha, valiente, luchador, sube la pendiente que conduce a estas cimas que se llama virtud, deber, sacrificio. No te pares por el camino a recoger las florecillas del matorral, a jugar con las piedras doradas. Adelante ¡siempre adelante!

¿Ves en los cielos espléndidos estos astros resplandecientes, esos soles innumerables llevando, en sus evoluciones prodigiosas, brillantes comitivas de planetas? ¡Qué de siglos acumulados no hizo falta para formarlos! ¡Qué de siglos no serán necesarios para disolverlos! ¡Pues bien! Un día vendrá donde todos estos fuegos serán apagados, o estos mundos gigantescos se desvanecerán para hacer sitio a globos nuevos, a otras familias de astros que emergerán de las profundidades. Nada de esto que vieras hoy existirá más. El viento de los espacios barrerá para siempre el polvo de estos mundos usados; pero tú, vivirás siempre, persiguiendo tu marcha eterna en el seno de una creación sin cesar renovada. ¿Que serán entonces para tu alma depurada y engrandecida, las sombras y las preocupaciones del presente? Accidentes efímeros de nuestra carrera, no dejarán en el fondo de nuestra memoria más que tristes o dulces recuerdos. Ante el horizonte infinito de la inmortalidad, los dolores del presente, las pruebas sufridas serán como nube fugitiva en medio de un cielo sereno.

Mide pues las cosas de la Tierra en su justo valor. No las desprecies, porque son necesarias para tu progreso, y tu misión es contribuir a su perfeccionamiento perfeccionándote tú mismo, pero no ates exclusivamente a eso tu alma y busca ante todo las enseñanzas que contienen. Por ellas, comprenderás que el fin de la vida no es el goce, ni la felicidad, sino más bien por medio del trabajo, del estudio y del cumplimiento

[2] N. del T.: Sócrates, filósofo griego defendía la existencia e inmortalidad del alma, sabia de los premios y castigos del bien y del mal en las vidas futuras y que creía en la reencarnación. Fue condenado a muerte por los atenienses, acusado de ateísmo. En aquellos tiempos, 400 años antes de Cristo, la pena de muerte consistía en el envenenamiento por cicuta.

del deber, el desarrollo de esta alma, de esta personalidad a la que reencontrarás más allá de la tumba, tal, como tú mismo le habrás dado forma en el curso de tu existencia terrestre.

VIII - PRUEBAS EXPERIMENTALES

La solución que acabamos de dar a los problemas de la vida está basada en la lógica más rigurosa. Está conforme con las creencias de los grandes genios de la antigüedad, con las enseñanzas de Sócrates, de Platón, de Origène, de los druidas, cuyas visiones profundas, hoy reconstituidas por la historia, confundían al espíritu humano, veinte siglos atrás. Formó el fondo de las filosofías de Oriente. Inspiró obras y actos sublimes; nuestros padres los galos[3] sacaban de ello su indomable coraje, su desprecio a la muerte. En los tiempos modernos, ha sido profesada por Juan Reynaud, Enrique Martín, Esquirros, Pierre Leroux, Victor Hugo, etc.

Sin embargo, a pesar de su carácter absolutamente racional, a pesar de la autoridad de las tradiciones en las cuales reposan, estas concepciones serían cualificadas de hipótesis puras y confinadas al dominio de la imaginación, si no pudiéramos sentarlas en una base inquebrantable, en experiencias directas y sensibles.

Cansado de teorías y sistemas, el espíritu humano, ante toda afirmación nueva, reclama hoy pruebas. El Espiritismo experimental nos aporta estas pruebas de la existencia del alma, de su inmortalidad, nos aporta materiales, evidencias, basta con observar fríamente, seriamente, estudiar con perseverancia los fenómenos psíquicos, para convencerse de su realidad, de su importancia; para sentir las vastas consecuencias que tendrá, desde el punto de vista de las de las transformaciones sociales, aportando una base positiva, un sólido punto de apoyo a las leyes morales, al ideal de justicia sin el cual ninguna civilización puede engrandecerse.

Las almas de los muertos se nos revelan a los humanos. Manifiestan su presencia, dialogan con nosotros, nos inician a los misterios de las vidas renacientes, a los esplendores de ese futuro que será el nuestro.

Hay aquí un hecho real, muy poco conocido y demasiado a menudo dudoso. Las experiencias del Espiritismo han sido acogidas por el sarcasmo, y todos los que se ocuparon de ello al principio han sido burlados, ridiculizados, considerados como locos.

Tal fue en todos los tiempos la suerte de las ideas nuevas, la acogida reservada para los grandes descubrimientos. Consideramos como trivial el uso de las mesas giratorias; pero las leyes más grandes del universo, las fuerzas más poderosas de la naturaleza, no se revelaron de manera más imponente. ¿No fue gracias a los experimentos realizados sobre ranas que se descubrió la electricidad? La caída de una manzana demostraba la atracción universal, y la ebullición de una marmita, la acción del vapor. En cuanto a ser tachados de locos, los espíritas comparten sobre este punto la suerte de Salomón de Caus[4], de Harvey[5], de Galvani[6] y de tantos otros hombres sabios.

Cosa digna de observación: la inmensa mayoría de los que critican apasionadamente estos fenómenos ni los observaron ni los estudiaron, o bien lo hicieron superficialmente; mientras que en el número de los que los conocen y afirman su existencia, contamos con los sabios más grandes de la época. Como tales están, entre estos últimos, en Inglaterra: Sir W. Crookes, miembro de la Sociedad Real de Londres, físico eminente a quien se debe el descubrimiento de la materia radiante; Russel Wallace, competidor de Darwin; Warley, ingeniero jefe de los telégrafos; F. Myers, presidente de la Psychical Research Society; O. Lodge, rector de la Universidad de Birmingham; en América, el jurisconsulto Edmunds, presidente del Senado; el profesor Mappes, de la Academia nacional; en Alemania: el astrónomo Zoellner; en Francia: Camille Flammarion, el doctor Peul Gibier, alumno de

[3] N. del T.: Los galos eran los habitantes de la Galia, en la actualidad Francia. Léon Denis era francés, de ahí la mención a los galos como sus padres o antepasados.
[4] Ingeniero francés. (1576-1626) debemos considerarle como el verdadero inventor de la máquina de vapor.
[5] Médico inglés. Descubrió la circulación de la sangre. (1578-1657).
[6] Psiquiatra italiano (1737-1798).

Pasteur, Vacquerie, Eugenio Nus, C. Fauvety, el Coronel de Rochas, el profesor Ch. Richet, miembro del instituto, el doctor Maxwell, fiscal general de la Corte de Apelación de Burdeos.

En Italia el profesor Lombroso célebre después de haber discutido mucho tiempo la posibilidad de los hechos espiritistas, después de estudio, ha reconocido públicamente la realidad. ¡Qué se diga de qué lado está la garantía de un examen serio, de madura reflexión! Galileo, a aquellos qué negaban el movimiento de la Tierra respondía "¡Y sin embargo, se mueve!" Crookes se pronuncia así respecto a los hechos espiritistas: "no digo que esto pueda ser, digo que esto es". La verdad, calificada de utopía al principio acaba siempre por prevaler.

Constatamos sin embargo que la actitud de la prensa respecto a estos ha cambiado sensiblemente. Ya no se burla, no los ridiculiza; divisa en ello hay algo serio. Los grandes periódicos de París, Le Figaro, Le Matin, L' Eclair, Le Journal, Le Petit Parisien, etc., publican frecuentemente artículos importantes sobre estas materias. La doctrina del espiritualismo experimental se difunde en el mundo con una rapidez prodigiosa. En Estados Unidos, sus adeptos se cuentan por millones; En Europa ha iniciado, y hasta en los lugares más lejanos, se fundan sociedades de investigación, aparecen numerosas publicaciones. Un instituto metapsíquico ha sido fundado en París, con concurso del Estado, para el estudio experimental de estos hechos.

El concurso de sujetos particularmente dotados es indispensable para la obtención de los fenómenos psíquicos. Los Espíritus no pueden actuar sobre los cuerpos materiales y golpear nuestros sentidos sin una provisión de fluido verdadero que toman de estos sujetos, llamados médium. Todo el mundo posee rudimentos de mediumnidad, que se desarrolla por el trabajo y el ejercicio.

El alma, en su existencia de ultratumba, no es privada de forma. Posee un cuerpo fluídico, de materia vaporosa y quintaesenciada, nombrada periespíritu, que preexiste y sobrevive al cuerpo material, y es a la vez su red, el modelo y el motor. Este periespíritu o cuerpo fluídico posee todo un organismo sutil, y es por su acción, combinada con fluido vital de los médium, que el Espíritu se les manifiesta a los humanos, deja oír golpes, desplaza objetos, se comunica con nosotros por signos convenidos. En ciertos casos, hasta puede hacerse visible, tangible, producir de la escritura directa, mensajes, y hasta impresiones y moldeados de su envoltorio materializado. Todos estos hechos han sido observados millares de veces por los sabios que ya nombramos y por personas de todo rango, de toda edad y de todo país. Prueban experimentalmente la existencia, alrededor nuestro, de un mundo invisible, poblado de las almas que dejaron la Tierra, entre las que se encuentran aquellas a las que conocimos, amamos, y con las que nos reuniremos un día. Son ellas quienes nos enseñan la filosofía consoladora y grandiosa de donde no hemos esbozado más que sus rasgos esenciales.

Y qué se sabe que estas manifestaciones, consideradas, por tantos hombres -bajo el efecto de los perjuicios estrechos- como extrañas, anormales, imposibles; estas manifestaciones siempre existieron. Relaciones continuas unieron el mundo de los espíritus con el mundo de los vivos. La historia da fe de ello. La aparición de Samuel a Saul, el genio familiar de Sócrates, los de Tasso[7] y de Jérôme Cardan[8], las voces de Juana de Arco, tantos otros hechos análogos, proceden de las mismas causas. Solamente, lo que se consideraba en otro tiempo como sobrenatural y milagroso se presenta hoy con un carácter racional, como un conjunto de hechos regidos por leyes rigurosas, cuyo estudio origina en nosotros una convicción profunda y alumbrada.

El mundo invisible es, en realidad, sólo la prolongación del mundo visible. Más allá de los límites trazados por nuestros sentidos, hay formas de la materia y de la vida de las que la ciencia entiende cada vez más como posibles, desde que el descubrimiento de la materia radiante, la aplicación de los rayos X, los trabajos de Hertz sobre la telegrafía sin hilo, de Lockyer sobre las nebulosas, los de Becquerel, Curie, Lebon sobre la radioactividad de los cuerpos, le abrió todo un dominio ignorado de la naturaleza.

Los hechos espiritistas están lejos de ser despreciables, constituyen una de las mayores revoluciones intelectuales y morales que se hayan producido en la historia del globo. Son el argumento más importante que

7 Poeta italiano (1544-1595).
8 Matemático, médico y filósofo italiano. (1501-1576)

se pueda oponer al materialismo. La certeza de revivir más allá de la tumba, en la plenitud de nuestras facultades y de nuestra conciencia, hace desaparecer el fantasma de la muerte. El conocimiento de las situaciones felices o penosas, hechas a los Espíritus por sus buenas o malas acciones, es una acción poderosa y moral. La perspectiva de los progresos infinitos, conquistas intelectuales, que esperan a todos los seres y los llevan hacia destinos comunes, puede sólo acercar a los hombres, unirles por lazos fraternales. La doctrina del Espiritismo experimental es la única filosofía positiva que responde a todas las necesidades morales de la humanidad.

IX - RESUMEN Y CONCLUSIÓN

En resumen, los principios que emanan del Espiritismo, los principios enseñados por los Espíritus desencarnados, -mucho mejor posicionados que nosotros para discernir la verdad- son los siguientes:

Existencia de Dios, inteligencia directriz, ley viva, alma del universo, unidad suprema donde vienen a desembocar y a armonizarse todas las relaciones, el inmenso hogar de las perfecciones de donde irradian y se difunden en el infinito todas las fuerzas morales: ¡ Justicia, Sabiduría, Amor!

Inmortalidad del alma, esencia espiritual que cierra en el estado de germen todas las facultades, todas fuerzas; que están destinadas a ser desarrolladas por el trabajo, encarnándose en mundos materiales, elevándose por existencias sucesivas e innumerables, de grado en grado, hasta la perfección.

Comunión de vivos y muertos; acción recíproca de unos sobre otros: permanencia de las relaciones entre ambos tipos de mundo; solidaridad de todos los seres, idénticos en su origen y en sus fines, diferentes solamente por su situación pasajera: unos en estado de Espíritus, libres en el espacio, otros, revestidos de un envoltorio perecedero, pero que pasa alternativamente de un estado al otro, la muerte no es más que un período pasajero entre dos existencias terrestres.

Progreso infinito, Justicia eterna, Sanción moral; el alma misma, con la libertad de sus actos y su responsabilidad, crea su futuro; según su estado normal, los fluidos groseros o sutiles que componen su periespíritu y que fueron atraídos por sus costumbres y sus tendencias; estos fluidos, sometidos a la ley universal de atracción y de gravedad, lo arrastran hacia los globos inferiores, hacia los mundos de dolor donde sufre, expía, gana el perdón del pasado, donde la materia impera menos, donde reinan la armonía, la felicidad. El alma, en su vida superior y perfecta, colabora con Dios, forma los mundos, dirige sus evoluciones, vela por el progreso de las humanidades, por el cumplimiento de las leyes eternas.

Tales son las enseñanzas que el Espiritismo experimental nos aporta. No son otros que los del Cristianismo primitivo, liberado de las formas de un culto material, despojado de los dogmas, las interpretaciones falsas, los errores, bajo los cuales los hombres pusieron los velos, retorno irreconocible a la filosofía de Cristo.

La nueva doctrina, revelando la existencia de un mundo espiritual e invisible, también real, tan vivo como el nuestro, abre al pensamiento humano el horizonte ante el cual éste todavía vacila, desconcertado, deslumbrado. Pero las relaciones que esta revelación facilita entre los muertos y nosotros, los consuelos, los estímulos que emanan de ello, la certeza de reencontrar nuevamente a aquellos a los que considerábamos para siempre perdidos, de recibir de ellos las enseñanzas supremas, todo esto constituye un conjunto de fuerzas, de recursos morales que el hombre no sabría ignorar o despreciar sin peligro para sí.

Sin embargo, a pesar del alto valor de esta doctrina, el hombre de este siglo, profundamente escéptico, entumecido en sus perjuicios, no habría prestado apenas atención a ello, si los hechos no hubieran venido a apoyarlos. Para golpear el espíritu humano, superficial e indiferente, eran necesarias manifestaciones materiales y ruidosas. Es por eso que, hacia 1850 y en lugares diversos, muebles de toda forma se ven bambolear, los muros resuenan con golpes sonoros, cuerpos pesados se desplazan, contrariamente a las leyes

físicas conocidas; pero, después de esta primera fase grosera, los fenómenos espiritistas se volvieron cada vez más inteligentes. Los hechos de orden psíquico (del griego psuckè, alma) sucedieron a las manifestaciones físicas; los médium, escribientes, oradores, sonámbulos, curanderos, se revelaron, recibiendo mecánica o intuitivamente inspiraciones cuya causa estaba fuera de ellos, apariciones visibles y tangibles se produjeron, y la existencia de los Espíritus se volvió indiscutible para todo el observador a quien no cegaba el prejuicio.

Así apareció en la humanidad la nueva creencia; apretada de una parte sobre las tradiciones del pasado, sobre la universalidad de principios que se encuentra en la fuente de todas las religiones y en la inmensa mayoría de las filosofías, de la otra sobre testimonios innumerables y psicológicos, sobre hechos observados en todos los países por hombres de toda condición.

Cosa notable, esta ciencia, esta filosofía nueva, simple y accesible a todos, libre de todo aparato o forma de culto, esta ciencia llega cuando las costumbres se corrompen, donde los lazos sociales se aflojan; donde el viejo mundo yerra a la ventura, sin freno, sin ideal, sin ley moral, como una embarcación privada de timón flota a merced de los vientos.

Todo hombre que observa y reflexiona no puede disimular que la sociedad moderna atraviesa una crisis temible. Una descomposición profunda la roe sordamente. El odio que divide las clases y el ánimo del lucro, el deseo de los goces, se vuelven día tras día más agrios, más ardientes. Queremos poseer cueste lo que cueste. Cualquier medio es bueno para conseguir el bienestar, la fortuna, único fin que se considera digno en la vida. Tales aspiraciones pueden producir sólo dos consecuencias: el egoísmo despiadado en los felices, la desesperación y la rebelión entre los infortunados. La situación de los necesitados, de los humildes es dolorosa, y demasiado a menudo éstos, sumergidos en una noche moral cuando ningún consuelo luce, buscan en el suicidio el fin de sus dolores.

El espectáculo de las desigualdades sociales, los sufrimientos de unos opuestos a las alegrías aparentes, a la indiferencia de otros, este espectáculo atiza entre los desheredados codicias ardientes. La reivindicación de los bienes materiales se acentúa. Qué las masas profundas se levanten, y el mundo quizá se mueva por convulsiones atroces.

La ciencia es impotente para conjurar el dolor, levantar los caracteres, vendar las heridas de los combatientes de la vida. En realidad, hay apenas en nuestra época sólo unas ciencias especiales a ciertas áreas de la naturaleza, reuniendo hechos, aportando al espíritu humano una suma de conocimientos limpios. Así es como las ciencias naturales prodigiosamente se enriquecieron desde hace medio siglo, pero estas construcciones dispersas necesitan el lazo, la unidad, la armonía. La ciencia por excelencia, la que de la serie de los hechos, concluirá la causa que los produce, la que debe enlazar otra vez, unir estas ciencias diversas en una gran y magnífica síntesis, hacer brotar una concepción general de la vida, fijar nuestros destinos, deducir una ley moral, una base de mejoramiento social, esta ciencia universal e indispensable, todavía no existe.

Si las religiones agonizan, si la fe envejecida muere, si la ciencia es impotente para abastecer al hombre del ideal necesario, regular su marcha, para mejorar las sociedades, ¿será todo desesperación?

No, porque una doctrina de paz, de fraternidad y de progreso se levanta sobre el mundo turbado, viene a apaciguar los odios salvajes, a calmar las pasiones, para enseñar a todos la solidaridad, el perdón, la bondad.

Ofrece a la ciencia esta síntesis esperada sin la cual ésta sería para siempre estéril. Triunfa sobre la muerte y, más allá de esta vida de pruebas y dolores, despierta al espíritu las perspectivas radiantes de un progreso ilimitado en la inmortalidad.

Dice a todos ellos: venid, os calentaré, os consolaré; os daré una vida más dulce, el coraje y la paciencia serán más fáciles, las pruebas más soportables. Alumbraré con un rayo poderoso vuestro oscuro y tortuoso camino. A los que sufren doy la esperanza; a los que buscan, la luz; a los que dudan y desesperan, la certeza y la fe.

Dice a todos: Sed hermanos, ayudaos, sosteneos en vuestra marcha colectiva. Vuestro fin esta lejos de este mundo material y transitorio; está en el porvenir espiritual que os unirá a todos como los miembros de una gran familia, al abrigo del sufrimiento, de las necesidades y de los males sin fin. ¡Merecedlo pues por el esfuerzo de vuestro trabajo!

La humanidad se levantará grande y fuerte el día en que esta doctrina, fuente infinita de consuelos, sea comprendida y aceptada. Aquel día, la envidia y el odio se apagarán en el corazón de los pequeños; el poderoso, sabiendo que fue débil, y que puede volver a serlo, que su riqueza es sólo un préstamo de arriba, se volverá más caritativo, más dulce con sus hermanos desgraciados. La ciencia, completada, fecundada por la nueva filosofía, desterrará de ella las supersticiones, las tinieblas. Ya no más ateos, no más escépticos. Una fe simple, amplia y fraternal, se extenderá sobre las naciones, terminarán sus resentimientos, sus rivalidades profundas, la Tierra, liberada de las plagas que la devoran, persiguiendo su ascensión moral, se elevará un grado en la escala de los mundos.

* * *

Hay que recordar que en cada uno de nosotros duermen inútiles, improductivas, riquezas infinitas. De ahí, nuestra indigencia aparente, nuestra tristeza y, a veces hasta el asco de la vida. Pero abrid vuestro corazón, dejad entrar en él el rayo, el soplo regenerador, y entonces una vida más intensa y más bella se despertará en vosotros. Encontrareis placer en mil cosas que os eran indiferentes, y que serán el encanto de vuestros días. Os sentiréis crecer, marchareis por la existencia con paso más firme, más seguro, y vuestra alma se convertirá como un templo lleno de luz, de esplendor y de armonía. *(Léon Denis. Extracto del libro Juana de Arco médium.)*

* * *

El Espiritismo se ha difundido. Ha invadido el mundo. Primero despreciado, deshonrado, acabó por llamar la atención, por despertar el interés. Todos los que no retenían el abono de los prejuicios y de la rutina y que lo abordaron con franqueza, han sido conquistados por él. Ahora, penetra por todas partes, se sienta en todas las mesas, toma asiento en todos los hogares. A su llamamiento, las fortalezas viejas y seculares, la ciencia y la iglesia, cerradas herméticamente hasta ahora, bajan sus murallas, entreabren sus salidas. Pronto se impondrá como un maestro. *(León Denis. Extracto del libro En lo Invisible.)*